

# TEMAS DE PEDAGOGIA



## DE PEDAGOGIA MUSICAL(\*)

El tono, la característica de nuestros actos y de nuestras obras dependerá, siempre, del concepto anterior o previo que de ellas tengamos. Nuestras acciones llevan impreso el sello de la propia formación conceptual y esta formación es un complejo de raza, familia, clima, ambiente y vida intelectual, moral y sensible. Es lógico, en consecuencia, que cualquiera de las premisas que acabo de enumerar, influya sobre las características finales de una acción y que el conjunto de ellas dé, como consecuencia, notables diferencias en el proceder de relación de cada individuo. Esto constituye nuestra personalidad. Es como si dijéramos, hablando en términos musicales, nuestro timbre, la característica individual de nuestro sonido, que es el manifestarnos, y que procede de la intensidad, número y selección de los armónicos que lo constituyen.

Esta personalidad, en nuestra vida íntima tiene un significado distinto del que tiene en nuestra vida de relación y en nuestra actividad social, que va variando en responsabilidad trascendente según sea la calidad de aquella actividad y que llega a su punto máximo cuando el concepto "dirigir" entra en ella.

De esta palabra dirigir, no obstante los dos sentidos opuestos comunes a toda idea relacionada con la noción de orientación que en nuestro intelecto tiene dos direcciones, dos polos:

---

(\*) Conceptos expuestos en la sesión inaugural del curso de 1960 en el Liceo Municipal "Antonia Fuentes del Arco" de Santa Fe.

el positivo y el negativo, arriba y abajo, luz y sombra, bien y mal, sólo entendemos, de manera general y tácita, su sentido hacia el polo positivo, hacia el bien, hacia lo útil, hacia la claridad, hacia la luz. No concebimos una dirección negativa. Diríamos que dirigir mal, no es dirigir.

Dirigir implica también movimiento, traslado, desplazamiento; lo que no se desplaza no puede dirigirse. Dirigir quiere decir guiar y sólo se guían las fuerzas que llevan en su esencia el sentido de traslación. En lo que es susceptible de dirección, no hay nunca repetición de estado o posición, siempre, por el devenir activo, hay progresión cambiante hacia la meta, hacia un fin. Como consecuencia, todo desplazamiento, toda acción, precisa de una dirección para que su resultado final, sus consecuencias, dejadas al azar, no sean contrarias al bien que todos sentimos y precisamos.

La dirección está pues condicionada por la fuerza a dirigir y por el punto cardinal de la rosa de los vientos a donde dirigirla. Este punto cardinal ha de estar determinado de antemano y la fuerza, a conducir hacia él, en posibilidad de moverse y desplazarse. La dirección no tendrá pues, otro objeto que procurar que la fuerza consiga su destino, lo cual nos lleva a una consecuencia interesante que nunca deberían olvidar ni dirigentes ni dirigidos y es que la dirección no es, esencialmente, mandato. Dirigir no es mandar. El mandato presupone obediencia; la dirección, cumplimiento. El cumplimiento es libertad; la obediencia no lo es.

La obediencia, es en buena parte, irresponsable. El cumplimiento presupone una responsabilidad y una iniciativa personal, de gran valor.

Se dirige todo complejo en acción que tiene un fin y un planteo determinado de antemano, pero para conseguirlo es indispensable que cada elemento actuante tenga plena conciencia de aquel fin y de la responsabilidad que ello significa.

En cuanto al mandamiento, es anterior y superior a la dirección. Es ley. El mandamiento es supremo. Para ser auténtico ha de proceder de la esencia misma del sentido de nuestro

superior destino como seres humanos. Todos sabemos cómo por los caminos de esta concepción profunda llegamos a una simplicidad de mandamientos imposible ya de reducción y común a todos los estados naturales y normales de conciencia: el amor a Dios y la caridad o amor al prójimo.

Estos mandatos supremos deben aplicarse desde el conjunto total de seres humanos hasta las más pequeñas divisiones y subdivisiones posibles en que se parte este conjunto. Es lógico que, según sea la naturaleza de la acción a desarrollar sobre ellas, sean distintas las características de los medios a emplear, pero siempre estos últimos estarán condicionados superiormente por aquellos mandatos, y todas las direcciones, aun las más opuestas, han de llevarlos implícitos como denominador común.

Yo diría que dirigir es ayudar a conseguir algo previsto y propuesto de antemano. La dirección es un engranaje más, en un complejo de fuerzas que las aúna hacia su fin y procura que puedan alcanzarlo con el mínimo esfuerzo y la máxima seguridad de éxito. La dirección pone a cada una, diversa respecto a las demás, en la línea del blanco único que es la finalidad de todas ellas, y ha de hacerlo inexorablemente —si quiere acertar— con las premisas indispensables y características de la diana que todas enfocan.

¿Cuál es esta diana para una institución como la nuestra? Enseñar.

Enseñar ante todo. Enseñar en principio, en esencia, sin considerar por ahora, el objeto de la enseñanza. Enseñar, que es una de nuestras actividades más afinadas con los mandatos iniciales. Enseñar que, ante todo, es ayudar, ayudar a vivir, que a su vez es devenir, en nuestro existir, por la conciencia y por la acción. Enseñar, que moldea a la primera —a la conciencia— y vitaliza a la segunda —a la acción—. Que ahorra esfuerzos en el sentir por haber sentido y en el actuar por haber actuado. Que desbroza caminos. Que salta obstáculos. Que elimina desviaciones y desorientaciones. Que alarga la vida evitándole etapas de esfuerzo, sacando partido de lo que hicieron las generaciones pasadas. Que guarda para nosotros, así que podamos

hacer uso de ella, la herencia que nos legaron, haciéndola perdurable, haciéndola visible, poniéndola en nuestras manos, entera, entera para todos, no a repartir como los tesoros ocultos de las leyendas. Que nos dice como verdades, misterios que costó siglos descifrar. Que con nuestra vida nos hace vivir muchas otras que ya fueron y que ahora, tácitamente, nos acompañan amigablemente. Que nos sitúa justo donde debemos estar y que si miramos atrás, por su virtud no vemos tinieblas y si miramos adelante no vemos enigmas. En fin, enseñar, que es iluminar algo con luz tan viva y transparente, que si se encuentra cerca un corazón capaz de sentir, lo sienta, y unos ojos capaces de ver y un intelecto de comprender lo vean y comprendan sin trabas, íntegramente y sin esfuerzos.

Así, en nuestro caso, en la Música, ¿qué es lo que debemos iluminar, hacia dónde debemos proyectar la luz, qué es lo que debe quedar en las sombras? Veamos primero, por encima, el panorama general de la música actual, entendiendo por ello la realidad de todo aquello que, vulgarmente y equivocadamente muchas veces, titulamos cultura musical.

Confundimos la práctica vulgar de la Música con la cultura musical, confundimos la afición a la Música con el sentido musical, confundimos el arte musical esencial, con sus aplicaciones de acción secundaria y complementaria en la educación, confundimos la vitalidad musical de un país con la propaganda que hace de y con la música en general o de la propia en particular, confundimos al músico auténtico con el exhibicionista vestido de frac y cotizado con cachets astronómicos; estamos influenciados por la habilidad de aquellos que han encontrado en la Música un medio de atracción de la masa hacia sus intereses, que bajo ningún concepto se refieren al arte ni a la cultura y que son estrictamente particulares, comerciales o políticos. La Música bajo estos signos ha tenido desviaciones insospechadas, las cuales, hace unos años que se cotizan como música en el mercado y nada tienen que ver con la auténtica.

La Música tuvo, en la primera mitad de nuestro siglo, una

suerte inmensa, cuando los estudios de investigación histórica y crítica empezaron a dar sus frutos, cuando por ellos pudimos llegar a conocer a los músicos tan bien o aún mejor que sus mismos contemporáneos y hasta discípulos, cuando empezamos a ver certeramente su posición exacta en la pléyade y su acción en el conjunto, cuando supimos el valor preciso de su herencia y nos encontramos, de pronto, ricos de valores musicales efectivos, cuando por los hallazgos de la técnica electrónica empezamos a tener sus obras a mano, en todo momento, cuando todo este movimiento era aún una corriente intensa pero encauzada y constante, sin avenidas ni avalanchas, cuando aun sólo se creían músicos y eran tenidos como tales, aquellos que dedicaban todo su esfuerzo inteligente y sensitivo a la Música con resultados verdaderamente positivos en cuanto a su alcance artístico y social; cuando los maestros lo eran porque podían serlo por sus dotes y dedicación austera y ponderada, cuando la Música ocupaba un lugar propio en el engranaje de las calidades sensibles de la sociedad. Pero el cauce se desbordó. Al despertar la bella durmiente del bosque con su belleza radiante, todos se enamoraron de ella. Todos quisieron ser el príncipe desencantador y elegido, por lo que, falsos y sinceros, se lanzaron a su conquista. Podemos decir que la Música se ha derramado por el mundo. Vivimos materialmente sumergidos en una atmósfera musical. A cualquier hora del día, dando vuelta al control de un aparato receptor podemos captar música que va y viene de todos los ámbitos de la tierra. Continuamente hay alguien interesado en liberarla, como quien suelta pájaros para los cazadores. Mensaje sonoro continuo. Reclamamos sin solución de continuidad con las mejores y peores intenciones. Dejando esto aparte, pocos días nos salvamos de escuchar, en contra de nuestra voluntad, un fragmento musical largo o corto, bueno o malo pero la mayor parte de las veces impertinente por cuanto no era nuestro deseo escucharlo. Todos los que son músicos conocen el impacto desagradable que en su sensibilidad producen estos artefactos que transcurren a menudo por nuestras calles en misión de propaganda comercial o política.

La Música se ha convertido en un procedimiento introductor en todos los órdenes sociales. Casi no se puede hacer nada sin que la Música esté cerca o lejos. Hasta es preciso andar muy campo adentro, para que en nuestros paseos en busca de reposo no tengamos que escuchar el aparato más antimusical que existe, el altoparlante, antítesis perfecta del instrumento de música. La Música nos ha invadido sin reparar en procedimientos. Nos acecha y espera por todas partes. La hemos buscado, la hemos liberado, la hemos enaltecido y ahora nos rodea y casi nos sofoca. Nos sucedió como a aquel ambicioso que favorecido por un genio al que pidiera una gracia, solicitó que todo lo que tocase se convirtiese en oro, y el oro lo ahogó.

En esta avenida se han mezclado todos los valores altos y bajos, ciertos y ficticios. El desorden torrencial ha hecho posible toda clase de desbordamientos y salpicaduras. El agua corre vertiginosa pero nadie sabe donde está el cauce, ni adónde va. Va a todas y a cualquier parte. El panorama musical mundial ofrece una visión maravillosa, pero desconcertante. Por todas partes corrientes coloreadas de vistosos matices. Todo el mundo trabaja por su cultura musical y empuja su música, la que tiene cerca, la que pasa por su calle y como consecuencia, a su concepto, la mejor.

Gobiernos, ciudades, instituciones, particulares, aportan su apoyo al desarrollo musical. En lo que va del siglo hemos recorrido una escala curiosa: de los nacionalismos, primera gran escisión al concepto de universalidad de la Música dentro de la cual el sentido nacionalista no era más que una consecuencia natural de premisas coincidentes, sin premeditación, hemos pasado, en escala descendente, a los grupos de compositores, más o menos afines, cuya unión ha obedecido más a una idea extra musical que a una necesidad de unión, después, a las escuelas, los característicos ismos, pronto diluidos en las tendencias particulares, por no ser demasiado absorbentes, recias y poderosas las razones escolásticas para su agrupación, hasta llegar finalmente hoy día a la egoísta e intolerable individualidad que navega sola, desligada y orgullosa. Todo ello no sería nada, si



hubiese estado siempre acompañado del talento o del genio, pero ha sucedido que en el empuje y desorden de la gran avenida se mezclaron y confundieron las calidades; el que recibió mayor empuje anda adelante sin ser el primero, el cual, a lo mejor, se fue al fondo y tal vez allá quedará por mucho tiempo porque no interesa que flote. Las aguas se mezclaron con el lodo y gran cantidad de actividades accesorias se unieron a la pura actividad musical. Las culturas dirigidas han creado agentes interesados y parciales, los cuales, poderosos en medios materiales y en apoyos de partidos, escuelas o agrupaciones, dirigen con ellos lo que flota que se deje dirigiir y se preste a su juego.

La Música comercializada no repara en medios de propaganda, para la cual, es la mejor la que se vende más. La prensa, omnipotente y parcial, ayuda y al lado del insulso articulista de arte, indocumentado y sensacionalista que en revistas de carácter popularísimo cuyo único valor positivo es que se venden por millares, desorienta a la gran masa, está el crítico, algunas veces con talento, pero degraciadamente parcial e interesado las más de ellas y en este último caso omnisciente y superior, cuyas opiniones tienen carácter definitivo e inobjetable, como si el arte tuviese su razón de ser en la función crítica posterior a él. Como si la crítica fuese superior a la creación. Es curioso notar cómo la mayor parte de músicos y aficionados, sin carácter, esperan después de una audición lo que dirá la crítica y casi siempre ajustan y modifican la suya propia a la de las letras de molde, muchas veces anónimas, tendenciosas, poco educadoras e imprecisas. Por la falta de educación del conjunto social interesado en la Música, la desorientación crece y hace posible acciones y posiciones negativas que se sostienen firmemente en detrimento del equilibrio y la serenidad que para ser efectivas han de tener las culturas del espíritu.

Hasta se ha llegado al extremo de que en el viejo mundo, poseedor de una maravillosa tradición musical, músicos, musicólogos y críticos encumbrados intenten minarla y desacreditarla porque estorba a sus propósitos, mientras aquí, en el nue-

vo, buscamos con afán la poca que el tiempo corto ha creado, para hacer hincapié y afianzarnos en ella. Aun podríamos citar cantidad de detalles consecuentes a esta situación en la que unos colaboran de buena fe e inconscientemente, como el estudiante para concertista y el crítico improvisado que hace de crítico porque no sirve para músico y otros con la interesada intención de aprovecharse de ella, como el maestro que negocia y vende títulos.

No es esta exposición mía, exagerada ni tampoco única. Años ha que autoridades muy por encima de mi insignificancia han tratado la cuestión y la tratan aún hoy día. Ya en instituciones estatales de responsabilidad se empiezan a tener en cuenta las consecuencias futuras del actual estado de cosas, vislumbrando la crisis que este ufanoso florecimiento, esta inflación, va a provocar. Ya no se esperan los resultados de aquella acción intensa iniciada hace años, sino que ya se notan las consecuencias negativas debidas no al exceso de empuje sino al vicio que éste ha tomado por la intromisión de actividades ajenas a la intención principal, que se ha aprovechado para lucro propio e interesado. Hemos caído en el lazo. Hemos abonado la tierra para la semilla y para la cizaña, sin contar además que en países como el nuestro, todo este proceso está aún en atraso de varios años.

Tampoco es pesimista ni de pájaro de mal agüero esta opinión mía. Es sencillamente una exposición de hechos, los cuales, quienquiera que observe, puede comprobar aun dentro del área restringida de nuestro mundillo musical. Pero he de observar que son así: sólo en parte y más visibles porque esta parte es la mayor. Siempre he creído que la Música y con ella las artes todas, son una parte integrante, un miembro del gran cuerpo vital que es la humanidad sensible, que como todo lo creado, está en constante devenir y por lo tanto sujeto a los altos y bajos de la evolución, pero también a unas leyes divinas que, como a tales, tienen un fin y son indestructibles e imparables, hasta que lo hayan conseguido. Por lo tanto, creo que por debajo de este oleaje incierto que agita la música ac-

tual y todo lo que, de cerca o de lejos a ella se refiere, corre con su fluir normal la corriente primitiva, la que hemos desbordado y revuelto en la superficie y cumple, firmemente, su misión, ajena al ajeteo que nuestra inquietud ha provocado.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud frente a tal estado de cosas?

Nuestra institución es una institución pedagógica. Todos sabemos lo que esto significa en cuanto a responsabilidad. No dudo que en la conciencia de todos está la preocupación por ella y el mejor deseo de cumplirla y superarla si es posible. Pero es difícil y lo será más cada día, por cierto tiempo, gobernar el timón y obedecer a su iniciativa. Debemos, con toda certeza, saber lo que queremos y lo que debemos, esto ante todo, pero estas dos premisas están condicionadas, es preciso supeditarlas a lo que realmente podemos. Si conseguimos un equilibrio, en este sentido, nuestra labor será positiva, sino, trabajaremos en vano.

Lo que queremos y debemos, frente a la situación que acaba de exponer puede ser mucho, pues en el fondo de todos los corazones sanos está el deseo de solución para los problemas que inquietan la vida. Lo que nuestra institución puede, no es mucho en un aspecto de la cuestión, pero sí lo es en otro y de gran valor. Me explicaré: nada más podemos hacer, directamente, para contrarrestar el tumulto general que hemos definido de interesado por un lado y de incapacitado por otro. Nuestros alcances son cortos para enfocar el tiro hacia tan altas esferas. Para ello el Liceo es insignificante. Sería como tirar a un elefante con un fusil de juguete. Nada podemos hacer contra lo que está lejos y es tan fuerte que circunda el mundo. En el concierto de la grandilocuencia propagandista, nuestra voz no se oiría. Nada podemos hacer tampoco contra la ignorancia poderosa que, con potestad para mantener, utiliza lo que está bajo su jurisdicción sin pensar que, muchas veces, con su acción torpe, lo inutiliza. Contra la fuerza no hay resistencia.

Nuestro trabajo ha de ser otro, ha de ser menos que todo eso, para que en verdad, sea más. Debemos apuntar nuestras

flechas a otro blanco. Que no nos ilusionen los desfiles fastuosos y las llamadas de trompeta a pabellón alzado, no tenemos carrozas que pasan, ni bronces brillantes que se deslustran, pero sí podemos tener corazones firmes que perduran y a los que nada puede empañar el brillo. Nuestra institución recibe buen material para ello. Material virgen y en la mayoría de los casos bien dispuesto. Si sabemos manejarlo educándolo, será ganado, casi siempre, para la causa simple y sencilla, pero poderosa y fecunda de los que (si sabéis leer la Historia lo podréis comprobar) han hecho siempre lo bueno y lo bello en todas las razas y en todas las épocas.

¿Cómo? Aquí permitidme un inciso. El Liceo tiene otras secciones además de la sección Música y, sin embargo, yo diría que todas pueden incluirse en ella. En todas, lo que verdaderamente hemos de enseñar es Música. La definición de la palabra Música, que es la primera cuestión que proponen los tratados de teoría y que debería ser la última, después de profundos estudios, que a los músicos nos compromete cuando nos vemos precisados a darla, que a los pensadores asusta y desconcierta, si consiguiésemos puntualizarla, por una de sus premisas universales podría aplicarse a cada uno de las actividades de nuestra casa de estudios.

La Música es un estado de nuestro espíritu, es una disposición de nuestra sensibilidad, es un ambiente interno nuestro, en el que ponemos lo mejor que podemos captar del mundo sensible a través de diversos ventanales y que actúa, primeramente en nosotros y para nosotros. Sin este ambiente nada tiene valor. No enseñéis nunca a crear estrellas a quien no tiene un cielo donde ponerlas. No enseñéis a construir barcos a quien no tiene un mar donde navegarlos. No criéis pájaros ni no tenéis dónde volarlos, ni peces si no tenéis agua donde soltarlos. No cultivéis flores si no tenéis luz con que alimentarlos. No despertéis pensamientos ni ideales si no tenéis un Dios donde apoyarlos. Y así los músicos comprenderéis que desde la simple semicorchea hasta el acorde más complejo y la forma más perfecta serán puras abstracciones y símbolos nuestros si no

están en la Música, si no se mueven en ella, si no los vivifica su cielo como a las estrellas. Los danzarines comprenderéis como, desde la primera posición hasta la más complicada pirueta, no son más que movimientos sin finalidad, si no están en la Música del lenguaje y del pensamiento, la cual les da la luz y el sentido, como a las flores muestra a nuestros ojos, y los que enseñáis idiomas comprenderéis cómo no enseñáis más que palabras sin vida si no están en la Música que en cada lengua y hasta en cada dialecto, justifica las voces como notas de una melodía única que ha cantado una raza o un pueblo para comunicarse. Así cuando me refiero a las premisas universales para la enseñanza de la Música, aunque hable en Música, todos podéis comprenderme y seguirme.

Nuestra enseñanza ha de revestir los caracteres de la máxima pureza en cuanto a la iniciación. Creemos para el alumno, primero el ambiente, el lugar donde ya siempre se moverá, donde podrá guardar, sin que se pierda ni desvirtúe todo el material que vaya adquiriendo, donde estará su taller y su museo. Le llamaremos musicalidad. Musicalidad que es el cielo donde poner las estrellas y el mar donde navegar los barcos. Musicalidad que es el espacio mágico donde pueden funcionar todos los mecanismos. Número de oro para todos los cálculos, Madre de todas las técnicas, de todos los sistemas y de todos los métodos. Puerta abierta a todas las comprensiones. Musicalidad o raza y razón de músico. Razón y también corazón. El instinto musical potencializado por el corazón sensible. Capacidad de intuir el fenómeno musical puro como uno de los exponentes de nuestro espíritu. Capacidad de ser músico como la tenemos de vivir, amar y creer. Conseguir la musicalidad y lo conseguiréis después de todo. Conseguid una musicalidad auténtica y vuestro músico no podrá ser ni falso, ni interesado, ni se dejará manejar por maniobras dudosas, ni atentará en manera alguna contra la buena música, pues será un corazón puro y sincero. He aquí nuestra primera etapa.

La musicalidad conseguida ofrece un aspecto distinto en el niño o el joven que en el adulto. Es la primera la que a

nosotros nos interesa ahora, la musicalidad inicial. Su característica más visible es la de la alegría por su actividad de músico. El niño que lo es, hace música siempre sumergido en una atmósfera de placer exultante. Esta es la causa del gran éxito de los niños prodigios. No es tanto el asombro que nos produce su corta edad, como el contagio de su alegría, alegría de bucear fácilmente en las aguas claras de la Música. Todos recordaréis el aspecto de gozo de los grupos de niños cantores. Es el placer inicial que procede de la Música en una edad en que el corazón no aprendió aún a sufrir. Si visitáis sus escuelas y conocéis a sus maestros, o daréis perfecta cuenta de lo que os digo, porque, aun en las más disciplinadas, la disciplina no precisa de presiones y el maestro de aspecto más impresionante es tanto o más chico que sus chicos. Y es que la musicalidad es ante todo equilibrio de pensamiento y de corazón. Fijáos cómo la profundidad, el problema tenso, la música cuando roza la filosofía, no puede ser resuelta por los pequeños. Por músicos que sean, la cantidad y calidad de su pensamiento no alcanzan la medida y se produce el desequilibrio. Fallan por la estatura. Al niño enseñadle de la Música lo que pueda entender y le sirva en su devenir como niño. Evitadle todo lo posible el esfuerzo por lo que de momento no ha de utilizar. No regaléis nunca al niño un juguete tan bueno que los padres se vean precisados a guardárselo hasta que sea mayor para que no lo estropee. ¿Qué placer le dais con ello? Dadle siempre algo para utilizar hasta la última consecuencia, para gastarlo, porque podéis estar seguros que así lo va a hacer. Algo en lo que pueda aplicar su atención sin trabas. Enseñadle siempre en Música, en todas las músicas, algo que se gaste y que sea de fácil reposición y que esta reposición le procure, sin que se dé cuenta, un esfuerzo nuevo y siempre escalonado en sentido ascendente en habilidad y sensibilidad. Si le enseñáis la nota "do" pensad que no podéis enseñarle ni el do vuestro, el que vosotros sabéis, ni el de Bach ni el de Beethoven; pensad que el único que va a aprender es el do que penetra por sus oídos como una noción y sensación viva con la que pueda especular,

por lo que, poco a poco ha de ser para él tan ineresante que se convierta en trascendental cuando vayáis forjando alrededor de ella las demás premisas maravillosas de la Música.

Si le dais un piano, aunque sea un gran cola de marca famosa, o un violín, tal vez un Stradivarius, o tal vez una flauta de plata, pensad que a él esto no le interesa, pero sí que le interesará mucho el que le pongáis en el camino por donde pueda descubrir, con su inteligencia y su corazón, que en aquel instrumento están guardadas como en una maravillosa caja de Pandora, las más grandes sorpresas. Ayudadle a encontrarlas, ponedlo siempre en el buen camino, que no se pierda en el laberinto pues os será después muy difícil sacarlo y si lo conseguís estará fatigado y con un miedo terrible por temor a perderse otra vez.

Por sobre todo, tanto si toca un instrumento, como si aprende un idioma, como si declama, como si danza, enseñadle a cantar. Cantar viene de encantar y el encantado es aquel que, en presencia, está aquí y en cociencia en otro mundo lejano e inefable que es el que vosotros pretendéis mostrarle. El canto es el puente por donde transita de uno a otro. Cuando canta se encanta. El canto es lo que traduce para sí, de la aventura que vive al otro lado del puente. Enseñar a cantar es enseñar a cruzar por sobre lo vulgar y humano, sin pisarlo. Quien canta su mal espanta, dice el refrán.

Después, enseñadle cómo ese canto que es un sueño en vigilia, puede utilizarlo, guardarlo o darlo haciéndole ver el placer que con ello va a obtener. Es decir el placer que se puede obtener utilizando otro placer para una intención buena o bella.

Cuando sepa todo esto empezad a enseñarle las leyes fundamentales, físicas y sensibles por las que utilice el material que utilice, sonidos, palabras o su propio cuerpo, se hace posible que su canto lo sea. Cuando lleguéis aquí, vuestro niño ya no lo será tanto, y entonces le gustará el nuevo juego propio de su nueva edad. Entonces será cuando empezaréis a enseñarle a ser músico, es decir, a *cantar cuando quiera, a buscar el sentido de sus cantos y el de los cantos de los otros, a guardar los*

*primeros y a reproducir los segundos y a encantar a los demás con todos ellos.*

Precisaréis, para conseguirlo, ganar, en la primera etapa, su corazón y en la segunda, el complejo corazón —intelecto—. No os va a ser fácil la tarea ni en la una ni en la otra. Tendréis que luchar contra enemigos que intentarán quitaros vuestro alumno o estorbaros vuestro trabajo. Cuando trabajéis con su corazón, casi solamente serán enemigos de fuera. El impacto constante del bullicioso desorden que nos rodea hará que cuando os imaginéis que habíais conseguido la nivelación de una faceta cordial, la encontraréis al día siguiente llena de surcos y baches. Entonces deberéis empezar otra vez. El cantar debe hacerse en el equilibrio y en el silencio y el mundo es actualmente, ruidoso y desnivelado desde muchos puntos de vista y cuando el que canta no puede, por ello, oírse a sí mismo, calla.

Cuando ya trabajéis con el corazón-inteligencia, tendréis además, enemigos de dentro. La educación del intelecto es actualmente complejísima y desorbitada y cuando el que piensa no se entiende a sí mismo, desafina.

Pero no cejéis ni os desaniméis nunca, procurad hacer de nuestra aula y de esta casa toda, un lugar donde se pueda venir a cantar sin ruidos y a pensar sin presiones molestas, y tendréis la batalla ganada. Procurad situar a vuestro alumno en el cauce primitivo y no en la espuma. Procurad hacerle ver que la realidad musical es la Música, una y única desde su nacimiento, visible a veces, invisible otras pero que, siempre, es una corriente encauzada que no admite ni diques ni esclusas, y que nunca puede desbordarse, pues cuando el caudal es excesivo corre más vivaz sin desparramarse, capaz de los más fuertes impulsos por su misma naturaleza ya que por su origen es vida y movimiento sin fin.

No intentéis nunca hacer de nuestros discípulos grandes músicos. Esto no dependerá de vosotros ni de ellos. Pero si, dadles todos los elementos para que un día puedan serlo, si están destinados a ello. Que cuando dejen el Liceo para el viaje de su vida de músicos, siempre encuentren en su valija lo que



precisen, como en la valija que nos preparaba, de jóvenes, nuestra madre, cuando dejábamos la casa familiar. Como no podréis seguirlos en su viaje y tampoco estará en vuestra mano encauzarlos cuando estén lejos, os cabrá la satisfacción de pensar que todo lo que hagan en Música, sea ésta alta o baja, trascendente o intrascendente, llevará el signo de Música buena.

Pensad también que nuestra misión principal no es la de hacer músicos célebres, éstos lo serían sin nosotros y cuando empezasen a serlo nos dejarían, como dejarían nuestra ciudad y aun nuestra patria haciéndose universales. Nuestro trabajo está en producir un núcleo denso, activo y eficaz, que moviéndose entre nosotros y con nosotros sea el fundamento inamovible de la auténtica cultura musical, sobre el cual se pueda construir hasta cualquier altura, siempre útil, sin miedo al derrumbe, como en un castillo de naipes y sin miedo al desbarajuste como en la Babel bíblica.

Todo esto es lo que yo quisiera que pudiese ofrecer nuestra institución a aquel que venga buscando la serenidad de corazón que dan el conocimiento y el cultivo de la vida sensible, a través de cualquiera de las actividades de esta casa de estudios.

JUAN SUÑE SINTES

Av. Freyre 2452, Santa Fe



## LA ENSEÑANZA SUPERIOR Y LA FORMACION DE LOS CUADROS DE LA VIDA PUBLICA EN FRANCIA(\*)

La necesidad de adaptar los cuerpos tradicionales a las transformaciones que actualmente sufren las estructuras sociales se torna cada vez más manifiesta: el solo hecho de que los responsables de la orientación de las universidades se interroguen sobre el papel que estas instituciones pueden desempeñar en la formación de los cuadros de la vida pública es uno de sus signos característicos. Mientras las evoluciones fundamentales se cumplieron insensiblemente, de tal modo que no aparecían en lo que, desde Lucien Febvre, se ha convenido en llamar la historia *évènementielle*, la adaptación de las instituciones a las nuevas circunstancias podía realizarse mediante retoques de detalles que no comprometían los principios. Hoy ya no ocurre lo mismo: la aceleración de la historia se ha tornado un fenómeno evidente aún para el gran público que a veces llega a inquietarse por ello y comprende, en general, que sea necesario volver a discutir las bases de instituciones cuyo carácter tradicional vedaba que se pudiera pensar en transformarlas profundamente.

El papel de la universidad en el mundo moderno aparece ligado a tres grandes funciones. Le corresponde, en pri-

---

(\*) Tomado de: *L'Université et la formation des cadres de la vie publique*, Cuaderno n° 4 del Bureau International des Universités, Paris, 1959. Traducción de Marta Elena Samatán.

mer lugar, conservar la experiencia adquirida por la humanidad y trabajar para ampliar el campo de los conocimientos: tarea esencial y previa a la difusión del saber, ya se trate de la formación de los jóvenes o de la información de los adultos. Por último, se admite generalmente que las universidades deben cumplir una misión de educación en el sentido más lato del término y que, a tal título, poseen cierta responsabilidad en la salvaguardia de los valores universales así como de los valores particulares reconocidos en sus zonas de influencia.

La actual organización de la enseñanza superior francesa, en sus estructuras fundamentales, data de los primeros años del siglo XIX. Napoleón, para dar a la nación una armadura sólida, había orientado a la universidad hacia la formación de los cuadros que le parecían de más inmediata utilidad, los de los servicios públicos y de ciertas profesiones que habían recibido un estatuto particular del legislador. Esta limitación del campo de las actividades de la enseñanza superior correspondía, en amplia medida, a la estructura económica de la época. En aquel comienzo de siglo, la población francesa era rural en la proporción de 90 % y dependía así casi exclusivamente de la agricultura. La tradición conservaba los conocimientos técnicos: éstos se transmitían a las jóvenes generaciones dentro de la explotación agrícola y del taller artesanal. Las profesiones para las cuales surgía la necesidad de una formación dada por la enseñanza superior sólo interesaban a un número limitado de sectores, particularmente los de la función pública entonces acantonada en la gestión de los servicios fundamentales (justicia, finanzas, enseñanza, defensa nacional e interior, trabajos públicos). Más adelante, a consecuencia de las transformaciones económicas que se produjeron en el transcurso del siglo XIX, las clases sociales se diferenciaron: en 1911, la población rural no representaba más que el 54 % de la población francesa total. El desarrollo de la industria había acompañado el del comercio. Paralelamente, el número de los funcionarios, de los médicos, de los oficiales ministeriales se había acrecentado. Los capitanes de in-

industria habían tomado un lugar eminente, pero aún no se veía que, fuera de la formación de los ingenieros, la enseñanza superior debiera ocuparse de preparar cuadros para las empresas.

Desde la última guerra, la evolución de la sociedad se ha acelerado. La agricultura, al mecanizarse, ha podido producir más con menos mano de obra; el éxodo rural ha proporcionado a la industria y al comercio los contingentes necesarios para hacer frente a su extensión. Los centros urbanos crecieron rápidamente, acentuando la complejidad de la estructura social, a tal punto que la mayor parte de las decisiones tomadas hoy en el orden económico o administrativo se inscriben dentro de un conjunto cuyo análisis depende de diferentes disciplinas científicas como la sociología, la economía política, la psicología, la biología. Por otra parte, la reciente evolución de las técnicas tiende a transformar la estructura de las empresas. La importancia relativa de los obreros disminuye en provecho de los técnicos y los ingenieros. La administración de las empresas ya no está, como en otro tiempo, al alcance de un jefe cuya formación se ha limitado al aprendizaje de las técnicas de su oficio; pone en juego conocimientos complejos que dependen de la contabilidad, del estudio de los mercados, de la investigación operacional, de la psicología aplicada, del derecho, de la economía política, e implica cada vez con mayor frecuencia la colaboración, dentro de equipos homogéneos, de especialistas que han recibido, cada uno dentro de su dominio, una formación avanzada.

Con la creciente complejidad de la sociedad, se multiplican las funciones especializadas y se demuestra necesario dar a todos los que serán llamados a tomar decisiones de cierta importancia un conocimiento de los mecanismos sociales suficiente como para ilustrarlos sobre el modo en que se habrá de insertar su acción en el conjunto de las actividades.

Así abordado, el punto que examinamos se presenta bajo su aspecto más general. La evolución lleva a aumentar el número de puestos en donde se toman decisiones que comprometen

ten el porvenir de los grupos sociales. Esta transformación del mundo moderno nos pone en presencia de una doble exigencia: es deseable, en efecto, que los más aptos tengan acceso a las grandes responsabilidades y, por otra parte, que los dirigentes de la vida social adquieran, mediante una formación universitaria apropiada, el método de pensamiento y los conocimientos científicos necesarios para el ejercicio de sus funciones.

El primero de estos dos puntos suscita un delicado problema de las relaciones de la universidad con las clases que están en el poder. Se ha reprochado a veces a la enseñanza superior ser su instrumento, pero, dentro del conjunto, más bien aparece como el medio de limitar el monopolio de las familias o de los grupos ya colocados. Ciertamente, no basta la competencia para conferir el poder efectivo; por eso, la manera en que éste es compartido depende de la estructura social y de las instituciones políticas. Sin embargo, la mezcla de las clases a que contribuye la universidad logra renovar los grupos en el poder y mantener el equilibrio social. Corresponde a los establecimientos de enseñanza superior asegurar la circulación de las élites dentro de la nación y reclutar en todas las capas sociales los individuos más aptos a convertirse en dirigentes. La democratización de la enseñanza superior constituye una tendencia significativa del mundo contemporáneo, pero no deja, sin embargo, de provocar diversas interrogaciones, especialmente éstas: ¿de qué medios valerse para extender el reclutamiento a todas las clases sociales? ¿Cómo seleccionar a los individuos de valor? ¿Hasta qué punto implica esta democratización un aumento de los efectivos? ¿Cómo mantener y, eventualmente, elevar el nivel de los estudios? ¿Cómo hacer que todos los diplomados tengan acceso a puestos que correspondan a su formación?

El otro aspecto del problema consiste en adaptar la enseñanza universitaria a las funciones cumplidas por las diferentes categorías de cuadros de la vida pública. La definición que de éstos hemos dado es muy amplia puesto que hace

figurar en dichos cuadros a todos los que detentan elementos de poder, sea porque ocupen escalones superiores de la función pública, sea porque orientan la producción, sea porque dirijan sindicatos o agrupaciones profesionales, sea porque actúen sobre la opinión pública, sea, finalmente, porque pertenezcan a los organismos del poder político. Es muy evidente que los criterios de poder y de influencia que definen a estas funciones no bastan para justificar la competencia de la universidad en la preparación para las carreras correspondientes. Esta desempeña un papel dentro de la medida en que las actividades apuntadas requieren un conjunto de conocimientos científicos y una formación que dependan de los métodos tradicionales de la enseñanza superior.

De acuerdo con estas orientaciones, para precisar las formas que implica la adaptación de la universidad a las necesidades sociales nuevas dentro del respeto a la vocación que es habitualmente reconocida, nos vamos a referir esencialmente a la situación de los establecimientos de enseñanza superior franceses, teniendo en cuenta sus responsabilidades dentro de la nación y en el plano internacional. Evocaremos primero las transformaciones de estos establecimientos en relación con la formación de los cuadros de la vida pública, luego, a la luz de esta experiencia, examinaremos los principales puntos que rigen la orientación de la universidad dentro de este dominio.

#### 1. LAS LECCIONES DE LA HISTORIA

Aunque la distribución de las disciplinas entre las Facultades no haya sufrido modificaciones importantes desde los comienzos del siglo XIX, la enseñanza superior francesa ha sido objeto, sin embargo, de dos clases de transformaciones. Por un lado, la universidad, destinada primitivamente a formar los cuadros de profesiones precisas, ha podido rebasar ampliamente las especialidades que le fueron asignadas en sus principios y extender considerablemente su influencia. Esta evolución se relaciona con la orientación de los estudios y de

la investigación que ha dado a la enseñanza francesa el sello que hoy posee. Por otro lado, más recientemente, la adaptación de las facultades a las nuevas necesidades sociales se ha efectuado por medio de reformas institucionales y la creación de nuevos establecimientos.

El modo en que la universidad reorganizada por Napoleón extendió progresivamente su esfera de influencia puede proporcionar útiles indicaciones sobre el método a seguir para realizar las adaptaciones que hoy se demuestran necesarias. Los objetivos primitivamente asignados a la enseñanza superior eran esencialmente prácticos. El legislador esperaba de las facultades de derecho que éstas formaran magistrados, abogados, notarios; por su parte, las facultades de letras estaban destinadas a proporcionar profesores de colegio, de la misma manera en que la Escuela Politécnica debía dar oficiales al ejército. Es digno de señalar cómo estos establecimientos, cuyas funciones inmediatas estaban precisadas de modo tan manifiesto, pudieron elevarse progresivamente por encima del papel de escuelas técnicas para convertirse en focos de especulación desinteresada y centros de cultura donde los estudiantes adquieren una formación polivalente que los torna aptos para ejercer funciones muy diversas.

No es raro en el día de hoy que los jóvenes salidos de las facultades de letras deriven hacia el periodismo o logren puestos de dirección en los secretariados de las grandes agrupaciones profesionales y es frecuente que los antiguos estudiantes de las facultades de ciencias encuentren una situación en los puestos técnicos de la industria. Por su parte, los diplomados de las facultades de derecho se dispersan no sólo dentro de las profesiones jurídicas y la función pública, sino también la banca, los seguros y hasta en la industria privada en donde suele ocurrir que lleguen a los puestos directivos. Junto a las facultades, establecimientos como la Escuela normal superior y la Escuela politecnica acusan una evolución semejante. Cierta contingente de sus antiguos alumnos se encuentra en puestos directivos en ramas tan variadas como la diplomacia,



las finanzas, la política, el comercio, la industria privada y la investigación científica.

La manera en que se ha apartado la enseñanza superior de la formación especializada no deja de relacionarse con la predilección de los maestros por la investigación fundamental. En esta evolución, quizás haya que considerar el desquite de los hombres sobre las instituciones y tener en cuenta las tradiciones de la cultura mediterránea que llevan a la síntesis y a las construcciones lógicas. Pero la orientación comprobada también se explica por otras circunstancias. Cuando la enseñanza de los profesores de facultad es efectivamente limitada, como lo ha sido durante mucho tiempo, a tres horas por semana, éstos disponen del tiempo necesario para meditar en la paz del gabinete o el aislamiento del laboratorio. Los contactos con los estudiantes se convierten así en ocasión de transmitir una experiencia: ya recaiga el curso sobre los principios de una ciencia o el estudio de un punto particular, su objetivo es el de enseñar a pensar y a trabajar. La institución del doctorado completa felizmente esta formación al iniciar a los estudiantes en la investigación mediante el estudio sistemático y exhaustivo de un problema particular.

El mantenimiento de estas acertadas tradiciones desde el punto de vista de la cultura y de la formación general conduce sin embargo a cierto desajuste entre la enseñanza universitaria y las necesidades que se abren paso en esta época como consecuencia de la evolución social. Es así como surgió la necesidad de una enseñanza complementaria para facilitar el acceso a ciertas carreras normalmente abiertas a los jóvenes egresados de las facultades, como las del foro, la magistratura y la función pública. Se ha tornado igualmente manifiesto que la enseñanza universitaria no daba suficiente acceso a las diversas profesiones. De hecho, si bien los puestos directivos de la función pública han sido casi íntegramente conquistados por los diplomados salidos de la universidad, éstos casi apenas representan, en la actualidad, una débil proporción de los cuadros superiores de las empresas. El aumento masivo de

los efectivos de las facultades a consecuencia del acceso a la cultura de nuevas capas sociales se ha traducido más por una depreciación de los diplomas que por la ampliación de sus posibilidades de trabajo. Con el fin de remediar este inconveniente se han tomado diversas medidas a fin de adaptar la enseñanza superior a las necesidades particulares de los sectores de la economía que se está desarrollando.

La preparación para las carreras de la función pública, que constituye un ejemplo característico de enseñanza complementaria, justifica algunas consideraciones históricas. Hasta 1870 el nombramiento de los funcionarios era prácticamente discrecional y el personal intermedio, que Balzac llamaba los empleados, estaba separado de los cuadros superiores por una barrera muy difícil de franquear. Los altos funcionarios se reclutaban dentro de una burguesía de sólidas tradiciones cuyo bienestar económico se apoyaba en la fortuna mobiliaria. Con la institución de concursos para el reclutamiento de los grandes cuerpos del Estado, la formación universitaria adquirió importancia de buena ley: la burguesía parisiense tomó la costumbre de mandar a sus hijos a la facultad de derecho o a la facultad de letras antes de confiarlos a la Escuela libre de ciencias políticas para preparar el concurso del Consejo de Estado, del Tribunal de Cuentas o de la Inspección de Finanzas. Más adelante, el reclutamiento de la enseñanza superior se extendió a clases menos adineradas, especialmente las de la mediana y la pequeña burguesía; el mejoramiento del régimen de becas desempeñó a este respecto un papel significativo. Los nuevos diplomados tuvieron acceso en masa a los empleos intermedios de la administración y quedó establecida cierta interpretación entre los cuadros secundarios y los cuadros superiores.

No obstante, el acceso directo a los grandes cuerpos del Estado quedó prácticamente limitado a los jóvenes que habían pasado por la Escuela libre de ciencias políticas con asiento en París. Para remediar esta estado de cosas, intervino una reforma en 1945. Los concursos especializados y organizados

por cada cuerpo fueron reemplazados por un concurso único, el de la Escuela nacional de administración, con un jurado mixto compuesto en partes iguales de altos funcionarios y de universitarios. A fin de democratizar y descentralizar la preparación de los candidatos para este concurso, el Gobierno nacionalizó y reorganizó la célebre Escuela libre de la calle Saint-Guillaume, la que se convirtió en Fundación nacional de ciencias políticas, y creó en provincias varios institutos jurídicamente iguales a la institución parisiense. Se esperaba con esto sobre todo, cierta colaboración entre las facultades de derecho y las facultades de letras para promover, con la participación de hombres comprometidos en alguna acción, el estudio de las instituciones del mundo contemporáneo. Desde ahora, parecería que esas reformas hubiesen logrado desviar el reclutamiento de la alta administración: la gran masa de los candidatos recibidos en la Escuela nacional de administración proviene de la clase media (pequeños y medios funcionarios, pequeños comerciantes, profesiones liberales modestas, pequeños propietarios rurales), pero permanece débil la participación del proletariado obrero o rural.

Estas innovaciones deben ser cotejadas con la reciente reforma de los estudios en las facultades de derecho (que se han convertido en facultades de derecho y de ciencias económicas). El nuevo régimen, que lleva de tres a cuatro años la duración de la licenciatura, completa los cursos teóricos con una enseñanza práctica obligatoria y entrafña una especialización jurídica, política o económica durante los dos últimos años.

Entre las medidas destinadas a hacer frente a las nuevas necesidades de las profesiones mediante la creación de enseñanzas especializadas, una de las más características concierne al Certificado de aptitud para la Administración de las empresas (establecido en 1955). Hasta esa fecha existían en Francia varias escuelas excelentes que preparaban para la vida de los negocios, pero ninguna dependía de las universidades. Se vio que las técnicas nuevas de gestión y las diversas ciencias útiles a los jefes de empresas o a sus cuadros

tenían su lugar dentro de la enseñanza superior. Fueron utilizadas fórmulas jurídicas diferentes según las universidades para preparar para ese certificado, pero, en todos los casos, se tuvieron en cuenta dos objetivos: por una parte, mediante una enseñanza que al mismo tiempo apelara a profesores y practicantes, establecer una articulación entre la formación universitaria y la formación profesional y, por la otra, crear entre la universidad y la industria contactos susceptibles de orientar la investigación así como de contribuir a la formación de los cuadros en ejercicio.

Estas reformas e innovaciones se inscriben dentro de un conjunto de medidas más amplias que tienen por mira estrechar los vínculos entre la universidad y el medio social. En lo concerniente a la formación de los cuadros de la vida nacional, estas tendencias consisten en:

1º Ensanchar el reclutamiento de la enseñanza superior, especialmente hacia las clases populares (la extensión de la promoción obrera y el acceso, bajo ciertas condiciones, de los no bachilleres a las facultades concurren a este resultado);

2º Multiplicar las formaciones especializadas (preparación para la profesión de abogado, para el concurso de la magistratura, formación de los cuadros sindicales mediante sesiones en la universidad, complementos de enseñanza destinados a futuros funcionarios o expertos internacionales);

3º Desarrollar las investigaciones dentro del dominio de las ciencias humanas (creación de un instituto de prensa, de centros de estudios de las relaciones sociales, extensión de los estudios concernientes a la demografía, las ciencias de la alimentación, las ciencias políticas, la gestión de las empresas, el desarrollo económico y social);

4º Interesar a la universidad en las actividades de la región cuyos cuadros ella forma (especialmente por medio de la creación de institutos de economía regional (2)).

---

(2) Marcel Bouchard, Rector de la Universidad de Dijon, ha precisado esa orientación en los términos siguientes: "El papel de la universidad en

Sería aún prematuro hacer el balance de esta política, pero ya se precisan las dificultades que deben ser superadas y las opciones fundamentales que condicionan su éxito.

## 2. LOS PROBLEMAS Y LAS ORIENTACIONES

Cualesquiera que sean el régimen político y el sistema económico, la adaptación de la formación universitaria a la evolución social responde a los mismos imperativos, es decir que implica a la vez la orientación de la investigación científica hacia nuevos sectores, la revisión periódica de los programas para integrar los recientes conocimientos, por último la adaptación de los métodos de enseñanza a las nuevas formas de los medios sociales. Pero, mientras que en una economía centralizada basta la decisión de los poderes públicos para imponer el diploma universitario, en una economía descentralizada éste no prevalece en el sector privado sino cuando se le acepta como un signo de manifiesta superioridad; la ampliación del radio de las universidades depende, entonces, de esta condición que, por eso mismo, también limita la extensión del reclutamiento que podría ser considerado factible.

---

la vida de la región consiste, ante todo, en provocar y organizar las investigaciones que pueden ser aprovechadas por la industria, el comercio y la agricultura, en poner a su servicio los descubrimientos de la ciencia, y en instruirlos mediante una información exacta y precisa de las circunstancias económicas para que una producción ciega y desordenada no los conduzca a la ruina. En segundo lugar, debe formar en institutos especializados a los técnicos que les faltan y que ellos reclaman, prepararlos mediante una enseñanza a la vez teórica y práctica para el oficio que deberán ejercer. Por último, debe añadir a la investigación y a la enseñanza lo que se denomina en los Estados Unidos el servicio de extensión, es decir interesarse directa y constantemente en el trabajo y la producción, aconsejarlos, ilustrarlos, prestarles ayuda cuando una dificultad imprevista los desconcierta o un descubrimiento permite renovar los procedimientos técnicos y asociar estrechamente el saber a la acción práctica, los hombres de saber a los hombres de acción". (*L'Université de Dijon et la Bourgogne*", *Revue de l'Enseignement supérieur*, 1957, n° 1, p. 51).

a) *El problema de la democratización de la enseñanza superior.*

El inestimable beneficio de la formación adquirida en la universidad justifica el anhelo, tan a menudo expresado, de que no pueda ser el privilegio de clase alguna. La idea de una población universitaria a imagen de la población activa precisa bastante bien ese ideal.

No obstante, si las medidas tomadas para aproximarse se traducen por un aumento rápido de los efectivos no acompañado de una suficiente ampliación del campo de trabajo, es de temer que se llegue a una peligrosa multiplicación del número de diplomados sin empleo que corresponda a la formación recibida. La democratización de la enseñanza superior implica, por tanto, una mejor irradiación de la universidad. Para esto, convendría que se realizaran encuestas sistemáticas para determinar el destino de los jóvenes egresados de la enseñanza superior y en qué medida éstos ocupan puestos en relación con sus diplomas. Los resultados de tales estudios permitirían calcular con bastante exactitud la influencia de la universidad sobre el conjunto de las profesiones y juzgar el valor práctico de los títulos otorgados. De este modo, existiría una base para amoldar los programas en el sentido de una mejor preparación para las carreras que acogen habitualmente a mayor número de diplomados y para estudiar las especializaciones susceptibles de abrir el acceso a nuevas profesiones.

También debe tenerse en cuenta el hecho que, en ciertos sectores, los dirigentes consiguen su situación mediante cualidades, o debido al juego de circunstancias que no se relacionan necesariamente con la posesión de un diploma universitario. En muchos casos, sin embargo, la enseñanza superior es susceptible de otorgar una formación útil mediante la organización de cursos especiales dirigidos a cuadros que están en actividad en las empresas. La experiencia de las universidades norteamericanas indica que existen amplias posibilidades dentro de ese dominio. Es también por medio de la información de los adultos como la universidad puede llegar más eficazmente hasta los

cuadros de los sindicatos y los de los cuerpos políticos. No obstante, esta tarea no puede ser proseguida válidamente sino en colaboración con institutos de investigaciones susceptibles de aplicar los métodos científicos al análisis de las sociedades contemporáneas.

Por lo demás, parece evidente que los efectivos de la universidad no pueden ser extendidos más allá de ciertos límites sin que ella pierda su vocación de preparar los cuadros superiores de la nación. De acuerdo con lo comprobado en materia de distribución de dotes entre los hombres, los que poseen las aptitudes naturales para convertirse en dirigentes se encuentran necesariamente en corto número. El problema de su detección se muestra así esencial. Pone en juego la organización general de la enseñanza dentro de la nación: sólo en la medida en que los mejor dotados de los niños de todas las clases sociales tengan acceso a la enseñanza secundaria podrá la democratización de la enseñanza superior realizar notables progresos.

b) *El conflicto de la formación especializada y de la formación general.*

La evolución actual se cumple en el sentido de una multiplicación de las enseñanzas especializadas. Hay en esto un peligro que puede presentarse bajo dos aspectos.

Cuando la universidad, para acercarse a las profesiones, comparte sus preocupaciones y se apega a las cuestiones técnicas, es de temer que la formación general de los estudiantes sufra con esto. Si hay exceso de cursos a seguir y de ejercicios a cumplir, los jóvenes terminarán sus estudios con el espíritu cargado de conocimientos mal digeridos, llenos de fórmulas hechas e incapaces de reflexionar eficazmente en presencia de un problema nuevo. El objeto de la enseñanza superior no consiste en presentar colecciones de hechos o de recetas prácticas, sino en cultivar la inteligencia, aumentar su agilidad, su claridad, su finura. Es más importante adquirir un método de pensamiento que llevar un registro de conocimientos. Si se comprobara que la extensión dada a las especializaciones pudiese per-

judicar a la formación general, convendría reducir su importancia o modificar su concepción.

En segundo lugar, sería peligroso que la formación especializada se convierta en lo que P. Daure ha llamado una enseñanza continua porque consiste "en enseñar todo un programa a un nivel dado, limitado de antemano y en el cual se encadenan todas las partes una con otra sin dejar resquicio" (3). Los ejercicios y los concursos que la acompañan enseñan a los estudiantes a reaccionar rápidamente, pero esta adquisición frecuentemente se realiza en detrimento de la profundidad del juicio previo a la decisión. La enseñanza superior no debe ser de ese tipo. El profesor que es esencialmente un investigador tiene por misión desarrollar algunos puntos del programa sin preocuparse por el nivel medio, entendiéndose que, para el resto, los estudiantes se remiten a las obras clásicas; la parte principal de su tarea consiste en abrir la inteligencia, inculcar un método. Este género de estudios es el que conviene a la formación de los cuadros superiores: cuanto más elevadas sean las responsabilidades que éstos tengan, más amplias deben ser sus posibilidades de adaptación a las situaciones nuevas; como límite, se concibe que sus capacidades puedan ser fácilmente transferibles de un empleo a otro.

A estas cualidades intelectuales del jefe se añaden otras que dependen del carácter: la energía, el coraje y la aptitud para adiestrar a los otros. Las actividades para universitarias, ya sean deportivas o corporativas, por las ocasiones que ofrecen a los jóvenes para dirigir o administrar, pueden contribuir a desarrollar tales disposiciones.

c) *La primacía de la investigación.*

Para que el profesor esté en condiciones de ejercer una influencia sobre los estudiantes y de darles esa cultura a que está

---

(3) Pierre Daure, Rector de la Universidad de Caen, "Réflexions sur la formation des cadres de la nation", *Revue de l'Enseignement supérieur*, 1956, n° 4, p. 24.



ligado el prestigio de las universidades, debe dominar la materia de su enseñanza. Al efecto, lo esencial de su actividad debe tender hacia el descubrimiento, lo que a la vez implica investigaciones especializadas y un esfuerzo constante para reducir a principios generales las recientes adquisiciones del saber.

La investigación útil para la formación de los cuadros superiores de la nación se concibe en primer término al nivel de las profesiones, de tal modo que se conozcan las necesidades que se manifiestan en la práctica. En este estado, los contactos entre universitarios y profesionales que practican revisten una importancia primordial. Los diferentes problemas que dependen, por ejemplo, del estudio de los mercados sólo pueden ser precisados en el curso de las experiencias hechas por los servicios comerciales de las empresas con el objeto de aumentar las ventas y adaptar la producción a los deseos de los consumidores. El investigador es luego llevado a determinar la ayuda que las diversas ciencias pueden otorgarle. Así, en el caso de los estudios de mercado, la estadística, la demografía, la economía política, la psicología, la investigación operacional contribuyen a la elaboración de las soluciones.

Junto a esta forma de la investigación dirigida de inmediato hacia las preocupaciones prácticas, existen otras, más generales, pero cuyos resultados no son menos útiles para esclarecer el juicio de todos los que ejercen una influencia en la nación o dentro del cuadro de los organismos internacionales, especialmente para promover el desarrollo armonioso a que aspiran los pueblos: consisten en precisar los caracteres de la evolución social y el papel de los factores que los determinan. Tales investigaciones, que ponen en juego numerosas ciencias, contribuyen a un mejor conocimiento de la situación del hombre en el mundo que se está creando. Tienen el mayor interés para sustentar la enseñanza destinada a los cuadros superiores y dar a los dirigentes en ejercicio indispensables elementos de información.

Estas perspectivas de la investigación ligada a la formación y la información de los cuadros de la vida pública hacen surgir ciertas líneas de convergencia. El peligro de ver la multiplicación de las enseñanzas especializadas reducir la universidad a una yuxtaposición de escuelas técnicas puede ser descartado si los estudios suscitados dan ocasión a una fructuosa colaboración entre las disciplinas. La dispersión inicial de los esfuerzos podría conducir de ese modo a contactos generadores de nuevas agrupaciones y de una nueva simbiosis. Se conservarían así la unidad de la universidad y el espíritu tradicional de la formación dada por ella. Esto es probablemente lo más importante, ya que un dirigente sólo vale en la medida en que posee una concepción clara de las cosas y sabe discernir lo esencial de aquello que no lo es.

L. BUQUET

Dijón, Francia